

# CRÓNICA SOBRE LA EJECUCIÓN DE UN LIBRO Y OTROS ACONTECERES

MARIO TORAL\*

## RESUMEN

Este fue un libro de amores juveniles. Los más trágicos, pues la flor delicada de los primeros años es más frágil que la corteza de los años que vienen. Los seguimos leyendo estos poemas de amor, como queriendo asegurarnos que la flor de esos años nunca dejará de florecer.

*Palabras claves:* Amor, tipografía, texto, imagen, niñez, formato, ilustraciones.

## ABSTRACT

This was a book of young loves. The most tragic since the delicate flower of those first years is more fragile than the rough bark of years to come. We continue reading these love poems as if wishing to assure ourselves that the flower of those years will never stop blooming.

*Keywords:* Love, typography, text, image, childhood, format, illustrations.

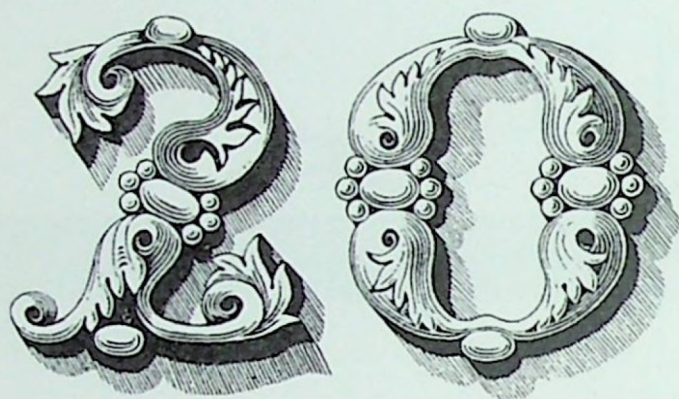
Recibido: 07 / 02 / 2003. Aceptado: 27 / 03 / 2003.

EN ESTAS PAGINAS quiero relatar cómo se hizo en 1970, en Santiago de Chile, la edición del libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, ilustrado con veintitrés acuarelas de quien escribe estas líneas.

Una empresa fácil pareciera ser editar un libro, pero y aun sin contar con la parte creativa de los autores, es una acción llena de altos y bajos, discusiones, anécdotas, suspenso emocional en donde la mera elección de una letra capitular o de una modesta coma puede llevar a argumentos sin fin. También está presente el señor don dinero y entre la editorial y los autores se producen, al igual que entre galeristas y pintores, situaciones de amor y des-

\*Artista plástico, enseñó pintura en la Universidad Católica de Chile. Artista en residencia en la Universidad de Fortham, EE.UU. Actualmente imparte clases en la Universidad Finis Terrae, de Santiago.

PABLO NERUDA



POEMAS DE AMOR  
Y UNA CANCION DESESPERADA

Ilustraciones de  
MARIO TORAL

EDITORIAL GRIJALBO  
SANTIAGO DE CHILE

amor, por decir lo menos. Producir este libro, al igual que otros con Neruda, ha sido para mí una sabrosa aventura, como el conocer el teje y maneje de una editorial, los secretos de la imprenta y de la impresión, el orgullo profesional de tipógrafos, maquinistas, retocadores, sacadores de pruebas y tantos otros artesanos y obreros que, en la complicidad de un trabajo en común, tratan de conseguir la excelencia. Y, por supuesto, compartir un tiempo muy especial con Pablo Neruda, celebrando con comidas y libaciones la génesis del libro, de cada prueba de galera con la tipografía del texto o de cada una de las pruebas de color de las ilustraciones.

En realidad, por lo que a mí me corresponde, el libro de los 20 poemas comenzó a gestarse décadas atrás y según el orden del tiempo debo retroceder al año 1952, cuando fue la primera vez que vi a Pablo Neruda.

A la edad de dieciséis años yo había partido de mi casa en Santiago a la aventura, abandonando a mi familia, dejando inconcluso el colegio, en un viaje en el cual quería “encontrarme a mí mismo”. Cooperaron para este propósito lecturas sobre la vida bohemia de París, o el personaje de *El filo de la navaja* de Somerset Maugham, que viaja por el mundo entero, que le suceden aventuras donde en general sale malparado, es protagonista de tragedias y muertes, vive amores trágicos, pero que a consecuencia de un viaje a la India finalmente encuentra su paz interior y sin ambicionar nada material, el ser taxista en París satisface sus ambiciones terrenales.

Después de hambrunas en Buenos Aires y Montevideo, ejerciendo a veces, si es que tenía la suerte, labores de garzón, estibador, peón de la construcción, etc., en mi periplo hacia la Ciudad Luz me encuentro en San Pablo, Brasil, cuando veo en el periódico *As Folhas* que el gran poeta chileno Pablo Neruda daría una lectura de sus poemas en el Museo de Arte de la Rua Sete de Abril, presentado por el poeta Vinicius de Moraes.

Hacia allá, esa tarde, dirijo mis pasos aderezado con las prendas menos rotas que permitía mi vida de paupérrimo recorredor del mundo. Imposible encontrar asiento, la sala estaba atestada de público y sólo cabía esperar en el pasillo frente a los ascensores, la llegada del poeta. Me sorprendió la excitación de la gente, los murmullos teñidos de suspenso, los codazos por abrirse paso para estar en primera fila, y yo asombrado en esos mis años mozos pues veía a Neruda como poeta de la chilenidad y no comprendía que su expresión tan comprometida con lo que define nuestra historia, geografía y costumbres pudiera ser entendida en otras latitudes, en otros idiomas y culturas. Más tarde sabría que si la poesía es auténtica, las palabras hondas y sentidas, sacado el polvo de las circunstancias particulares, éstas calan profundo en toda la humanidad y que incluso resisten las traducciones al igual que las grandes obras de arte resisten hasta las malas reproducciones.

Se abrió la puerta de uno de los ascensores y en medio de la expectación de los comentarios del público emergió el vate. Mi primera impresión fue que el representante de la levedad del ser, de la ascensión a peldaños supe-

riores de la psiquis humana y de sus emociones y sentimientos, fuera tan gordo y pesado. Yo sólo conocía las fotos de la juventud de Neruda, en donde se le ve como el arquetipo del poeta, delgado casi emaciado, los dedos finos alargados, y todo su continente enmarcado en una romántica capa oscura. Rodeaba a Neruda un séquito de personajes cuyos rostros eran reconocibles en periódicos y revistas. Entre ellos el famoso escritor bahiano Jorge Amado, autor de *Gabriela, clavo y canela* y *Capitanes de arena*; Vinicius de Moraes, "grande figura", bohemio, personaje de las noches cariocas, don Juan, famoso además de su poesía, por ser letrista de sambas, bossanovas, entre ellas "Garota de Ipanema". También venía Manoel Bandeira, tal vez el más insigne poeta brasileiro. Sin embargo Neruda era el comanditario del grupo, una especie de ícono en medio del conjunto y me pareció como la estatua de piedra de un emperador romano instalada sobre ruedas y que la iban empujando sus cortesanos. Voluminoso, imponente, en su rostro de piel color oliváceo aparecían sus ojos semicerrados con los párpados abultados, lo que le daba la apariencia de un lagarto antidiluviano.

Entre los poemas que recitó estaba uno compuesto sólo por nombres de pueblos o lugares de Chile y la repetición de vocales y consonantes, la cacofonía de nombres hispanos y mapuches, independientes de cualquier significado, hacían acercar el conjunto a un espacio musical. La reiteración de las sílabas, el sonido puro, la cadencia entre voces y silencios me recordaron el "Kyrie Eleison", "Christe Eleison" de la misa cuando estaba en el colegio y entre el humo y el olor del incienso el sacerdote levantaba la hostia en la consagración. Igualmente, más tarde en mi vida al leer la Biblia relacionaría estos poemas con la musicalidad de las escrituras de los orígenes genealógicos del pueblo hebreo.

Estos patronímicos de nuestra geografía, dados con la voz nasal y monótona del poeta, producían algo hipnótico y sacramental y cada nombre que él pronunciaba era un latigazo que despertaba, en este expatriado voluntario, la nostalgia por Chile, mi pertenencia a su suelo áspero, a sus ríos y valles, al calor de su pueblo.

Al término del recital, en una sala contigua, el público rodeaba a Neruda que sobre un piano de cola firmaba autógrafos. Me abrí camino cerca de él, a sus espaldas por la imposibilidad entre el gentío de estar a su frente, y atiné a decir lo más alto que pude, como un tiro al aire: "Don Pablo, yo soy chileno". Creí que no me había escuchado, pero después de un tiempo, se dio vuelta y yo le repetí: "Soy chileno". Con tono amable me dio la mano y me dijo: "Cómo está, ¿qué hace por aquí?" Pero entre empujones y codazos, pedidos de autógrafos, no pude agregar nada, además que no tenía nada que decir.

Esto sucedió hace cincuenta años.

Finalmente, después de Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, después de muchas vicisitudes, grabados y cuadros, finalmente llegué a París. Du-



rante los siete años que viví allí, a través de mi amigo Enrique Zañartu me enteraba de las visitas que Neruda hacía a esta ciudad. De su gran amistad con Louis Aragon, Jean Cassou y otros intelectuales franceses o de su infatigable actividad en busca de libros, de mapas, conchas, primeras ediciones en las librerías de bibliófilos o de objetos exquisitos como frascos de farmacia antiguos, astrolabios, mascarones de proa, insectos disecados, en los negocios de anticuarios o en el “marché aux puces”.

Enrique contaba que siempre era entretenido ser el cicerone de Pablo en París, pero que para cruzar las calles era desesperante. No las cruzaba hasta que no se veía ningún vehículo a la distancia. Tal vez se debía a una cierta torpeza para caminar, producto de la flebitis. “Sospecho que por allá va a venir un auto”, le había dicho una vez. Había en la personalidad de Neruda un fondo de timidez o inseguridad que Enrique lo contaba a través del siguiente episodio: el galerista Karl Flinker quería editar la serie de los Toros de Pablo Picasso con textos de Neruda y para ello sería necesario que Pablo fuera al sur de Francia, a uno de los castillos donde residía en aquel entonces el pintor. Picasso era conocido por recibir, fuera quien fuera, cuando a él se le antojaba y no interrumpía su labor de pintor fueran importantes coleccionistas, nobles o intelectuales. En el hotel cerca de su mansión tenían que hospedarse a la espera de la voluntad del maestro. Yo mismo lo supe por mi maestro impresor Lacourrière, quien me contó que en una ocasión que fue al sur de Francia, con prensas, ayudantes, ácidos y todos los bártulos para grabar e imprimir una serie de grabados, Picasso los hizo esperar varias semanas en el hotel, para al final decirles que quería pintar y no hacer grabados.

Karl Flinker insistía ante Neruda que era él quien debería llamar a Picasso con el fin de concertar la reunión para hacer la “Tauromaquia”, a lo que Neruda respondía: “¿y si no quiere recibirme? o ¿si ni siquiera quiere hablar conmigo? o ¿si me hace esperar un mes en el hotel?”

Entre monstruos sagrados hay “nuances”.

Los años han pasado y estoy de vuelta en Chile. Había recorrido bastante del mundo, mis recuerdos de América comenzaban a desvanecerse y me entró un hambre de Chile, de todo lo que perdí al abandonarlo tan joven, de haber crecido fuera. Catorce años sin ver a mi familia, sin ver la cordillera, los cambios de estaciones, no haber participado en el crecimiento cultural y político de mi país, conformaba un gran vacío, que por una suerte del destino sería a través de Neruda que recuperaría mucho de lo que me había faltado.

Estamos caminando por las arenas blancas de Isla Negra con Pablo Neruda y el escritor Germán Marín. Ellos habían iniciado un proyecto editorial del cual Germán sería el editor y Pablo el consejero para las publicaciones. Por supuesto el primer libro de la colección llamada Ediciones Isla Negra había sido escrito por Neruda y el título del volumen era *José Miguel Carrera, el*

*húsar desdichado*. Era un hermoso libro pero no tuvo éxito económico y no había dinero para pagar la deuda a la imprenta o para las futuras ediciones. Germán le sugería ir a Santiago a la Editorial Universitaria y amansar al gerente Eduardo Castro para postergar la deuda y seguir adelante. Pero Pablo con esos toques de astucia infantil y socarronería, paseando por la hermosa playa salpicados por la humedad del romper de las olas, le dijo: “No, hay que traerlo a la Isla Negra. Al lobo hay que sacarlo de su madriguera. Pierden fuerza con el cambio de paisaje”.

El otro motivo de la reunión era que nos conociéramos con Neruda y proyectáramos algún trabajo juntos para la flamante editorial. Era una mañana transparente, con las grandes olas rompiendo con fuerza en los oscuros roqueríos y el aire se sentía penetrante con los olores de los cochayuyos y de las algas secas amontonadas, desde la marea de la noche. Pasamos por un montón de huiros y Pablo comenzó a cortar esas especie de frutos de los cochayuyos, lágrimas ocres, correosas, llenas de aire. Coleccionó varias, cortándoles las puntas, intensificando el olor a yodo al cortar la epidermis de las cápsulas. “A ver Mario”, me dijo, con un aire misterioso. Procedió a ponerme en cada dedo estas especies de uñas vegetales que le daban a la mano un extraño aspecto. “Ahora, te hemos transformado de pintor que eras antes, a un poderoso mandarín chino”.

De este encuentro, en esa mañana asoleada surgió un álbum con un poema de Pablo, “Rapanui”, y un grabado mío con planchas recortadas, pero más importante, comenzamos a vernos, a fantasear sobre nuevas ediciones de arte, donde coincidieran el texto y las imágenes. Comenzamos, con mi esposa de aquel entonces, a ser asiduos invitados a la casa de Neruda, a los almuerzos, a las fiestas de disfraces, a los apoteósicos cumpleaños, con las banderas diseñadas por él flameando con el viento salino sobre la playa de Isla Negra, con dibujos hechos por él en papel volantín debajo de cada plato de los invitados. Estos eran de todas las actividades, edades, nacionalidades o credos políticos. Brillaba Acario Cotapos contando sus imaginativas historias, entre otras, de cómo dos líneas del metro se inauguraron en su pieza subterránea estando enfermo en cama y al son de la “Marsellesa” los alcaldes de los dos “arrondissment” le dijeron “levez vous, le bourgeois”. Pablo recitaba el gracioso poema “El tango del viudo”, jugaba básquetbol con una pelota gigantesca, dándole energía a los invitados con su poderoso coquetelón, mezcla explosiva de coñac español, champaña francés, “cointreau” y una gota de jugo de naranja.

Uno se preguntaba, entre tantos viajes, celebraciones, actividad política, cuándo escribía. Al respecto puedo decir que aunque las fiestas estuvieran en pleno apogeo se retiraba temprano, también la siesta era sagrada para él y por último, lo más importante, su enorme talento creativo sobre el cual se le podría aplicar la frase de Picasso: “Yo no busco, encuentro”.



Cuando fue precandidato a la Presidencia de la República y los amigos le decían que sus siestas estarían amenazadas por los deberes de Estado, decía: “Paderewsky (famoso pianista) fue Presidente de Polonia, dormía la siesta y además tocaba el piano”.

Recuerdo que para darle un sello distintivo a nuestra edición de los 20 poemas le pedí que escribiera un texto especial. Tomó la pluma, esa pluma fuente gorda, marca Mont Blanc con tinta verde, y lo escribió inmediatamente, de corrido. Sólo hizo una corrección, en una prosa lírica y profunda.

En estas fiestas era raro encontrar escritores o poetas, salvo Homero Arce, Volodia Teitelboim, Francisco Coloane, Jorge Edwards que junto con Mario Carreño y Nemesio Antúnez, pintores, eran obligados comensales. Sobre la escasa presencia de escritores, Neruda decía medio en serio, medio en broma: “Después me andan pelando, los escritores tienen la lengua viperina”. Con Volodia pasaba largas horas encerrado, la literatura y la política los unían fuertemente. “Están planeando el bombardeo del Pentágono”, dijo Homero frente a un larguísimo encierro. Inspeccionaba cuidadosamente los regalos de su cumpleaños y gozaba con aquéllos exóticos como conchas, libros raros. Exultó con un pájaro embalsamado que le trajo Miguel Otero de Venezuela y que ahora está colgado en La Sebastiana. Confesaba que el mejor regalo que había recibido, interpolando diplomáticamente, “fuera de los de la Patoja” (Matilde Urrutia), si ella estaba presente, fue en China, cuando hablando con Mao Tse-Tung y éste se enteró que coleccionaba caracolas, llamó al ministro de Cultura y le armaron una colección única de conchas del Océano Indico (la colección de conchas que luego regaló a la Universidad de Chile). Había un sentimiento fraternal entre los amigos e invitados de Neruda y la única ocasión que recuerdo que con un invitado se produjo una distancia fue cuando Arnold Toynbee lo visitó y a pesar de estar al lado en la mesa del comedor, no se hablaron y se trataron con una frialdad notoria. Esperábamos un encuentro inspirador entre una voz importante de la poesía americana, gran admirador de la cultura inglesa desde Shakespeare, que tradujo, hasta los poetas contemporáneos y el historiador más reconocido del siglo XX. Pero no hubo química entre ellos y apenas se hablaron. Entre buscar albacora a El Quisco, ir a admirar las implacables olas de Mirasol, escucharlo contar sobre su amistad con García Lorca, Alberti, al calor de la chimenea en las gélidas noches de Isla Negra, surgieron los libros *Machu Picchu* y *Arte de pájaros*. Mientras hacíamos la edición de *Machu Picchu* con mis aguafuertes, en 1968 la Unión Soviética invade Checoslovaquia y aplasta con un furor desproporcionado de tanques y divisiones la sublevación llamada la Primavera de Praga. Interpelado al respecto por un amigo, recuerdo que estábamos en el bar donde Neruda vestía su chaqueta roja de barman, con botones dorados, Pablo respondió, tal vez falto de encontrar algo mejor: “Es que los rusos no tienen sentido del humor”.



V. Teitelboim, S. Allende y P. Neruda

Pablo Neruda sí que lo tenía.

En una ocasión fuimos al taller de don Abraham Contreras, en la calle Ejército, ilustre encuadernador de libros, en mi vieja citroneta. Tenía parches, entera oxidada, agujeros en el suelo, de modo que al pasar por pozas de agua se mojaban los pantalones de los pasajeros. Los resortes de los asientos estaban muy gastados, de modo que Pablo con su corpulencia quedaba incrustado y le costaba salir. Como copiloto era perturbador, diciendo, cuidado que viene un auto, etc. Pero después, como disculpa, agregaba: "Cuatro ojos ven más que dos". Después de hablar con don Abraham de gualdas, empastes, lomos de libros, salimos de su taller y Pablo al ver la citroneta dijo: "Mario, mejor que le dejes tu auto a don Abraham para que le ponga dorados y te la encuaderne".

Una tarde en Valparaíso, después de un histórico almuerzo de mariscos en el "Bote Salvavidas", nos internamos caminando por el Molo, esa larga faja de concreto, en donde se veían estacionados barcos de guerra de la marina. Los navíos pintados de un gris indeciso sobre los paneles metálicos abollados, con cables, jarcias, en todas direcciones, antenas, remaches, banderines de todos los colores, artefactos para saber la dirección del viento, cordeles, etc., presentaban un aspecto abigarrado y confuso. Pablo me toma del brazo y me dice: "Oye, dime si estos barcos no parece que los diseñó Roberto Matta".

Si concordamos con la frase de Jacques Lacan que "arte es el espíritu de la niñez recuperado a voluntad", no hay duda que en Pablo se encontraba con su persona y con su obra acogido a esta definición. Con su catalejo instalado en el bar con ciento ochenta grados de observación sobre la playa, aplaudía y le ponía nombres a las olas más altas. "Pero sólo miro las olas en invierno, si lo uso en verano creen que miro a las bañistas". En tantos poemas muestra ese espíritu juguetón, pícaro, espontáneo como las originales salidas de los niños. En un escritor omnívoro y multifacético como Neruda no hay cuerda que no se toque. ¿No es nuestra vida un movimiento pendular entre la alegría y la tristeza? ¿Entre la comedia y la tragedia? ¿Entre la intimidad y la actividad social? No era infrecuente que Matilde lo retara por su insaciable apetito, por pedir e invitar gente a último momento, como se reprende a un niño. Recuerdo en una ocasión con la mesa servida, con sus vasos, platos, cubiertos, servilletas, le dice a Matilde: "Patoja, cambiemos todo, saquemos los vasos y los platos mexicanos". Reto de Matilde que le dice enojada: "Póngalos Ud. si quiere, Pablito".

Un fin de semana, estando hospedados en El Torreón de la casa de la Isla y la casa con otros invitados, sentí la necesidad de estar solo, tomé el automóvil y partí a deambular por la costa. Estaba nublado y garuando, todo quieto sin viento alguno y hasta el mar se veía perezoso, sin olas, ni movimiento. Ocasiones en que uno se encuentra más perceptivo a desentrañar

significados, a abrir el corazón con un dejo de tristeza, sin la hipnótica energía de la naturaleza. Pasé El Quisco, El Tabo y en un Algarrobo desértico bajé del auto y comencé a caminar por la playa. Pensé llegar hasta la Puntilla y en ese trayecto me encontré con una corriente de agua sucia que venía de una boca de alcantarillado. La escena era desagradable por el olor, el adivinar la composición de esas aguas servidas con algas finas verdosas que nacen en la humedad. Tapas de botellas, envases plásticos, pedazos de cartón, en fin, desechos, basura. Me disponía a saltar esta agua, cuando entre los papeles rotos y mojados noto un sobre con escritura manuscrita. Era una carta que al parecer nunca se mandó. De una mujer dirigida a un hombre que la había abandonado. Hablaba de su soledad ahora sin él, de algunos de los momentos que habían pasado juntos. Por la ortografía se notaba una persona sin educación y a veces costaba leerla. Pero el contenido, la claridad para expresar su dolor y su desesperación, hacía pensar que con esta intensidad de sufrimiento no esperaba más de la vida. Lo que parecía más doloroso es que al parecer la carta no se mandó, porque no tenía sellos, pero sí nombre y dirección y la mujer tuvo que absorber sola su sufrimiento. Los nubarrones del cielo, el hedor repugnante del lugar con los desperdicios de nuestra humanidad, quitaron mi deseo de seguir paseando y volví a la casa. Pablo estaba en el bar solo y le mostré la carta. La leyó y me la devolvió después de leerla cuidadosamente y sin hacer ningún comentario. Pasaron varios meses y un día estando en su biblioteca hurgando entre sus libros, se acercó muy serio, con ese aire grave que adoptaba cuando iba a decir algo importante: "Quiero pedirte un gran favor, si no puedes, tan amigos. Quiero que me regales la carta". Yo había olvidado este incidente y lo que más llamó mi atención fue que Pablo dijo "la carta" y no "esa carta", significando lo presente que la tenía. Un poeta cercano a los sentimientos, al amor y la ruptura, más que a lo cerebral o intelectual. Siempre en su obra se le puede aplicar la frase de García Lorca: "Más cerca de la sangre que de la tinta". Una vez Pablo contó de un periodista venezolano que le pidió que en la columna que Neruda tenía en *El Nacional* pusiera algo sobre el futuro: "Yo sólo escribo sobre lo que me pasa", había respondido.

Sin querer me he dejado llevar por recuerdos y he perdido el rumbo de este texto. Aunque talvez ha servido para hacer comprender que en una obra artística que se hace en conjunto para que resulte bien tiene que haber vivencias comunes y afecto.

Ahora me referiré a cómo hicimos, en 1970, la edición de los 20 poemas.

\* \* \*

Todo comenzó cuando Pablo recibió de Hungría dos minúsculos libros conteniendo uno los "20 poemas" y el otro sus "Cien sonetos de amor". La

novedad de estas ediciones era lo menudo de su tamaño. Cabían y sobraba espacio, en la palma de una mano. Estaban impresos en papel biblia, fino como tela de cebolla y forrados de “moiré” rojo veneciano. Me los mandó a Santiago con una carta diciendo que por qué no los hacíamos por nuestra cuenta para regalar a los amigos. Pablo quería que estos libritos fueran como libros de cabecera o que los novios los llevaran en el bolsillo como prueba de amor. Comenzamos a investigar con impresores y a ver qué libros se habían hecho en forma similar en Chile. No encontramos ningún ejemplo y nadie se atrevía a imprimirlo pues el papel se arrugaría al imprimir o la tipografía aparecería por el dorso. Peor aún con las ilustraciones. Resolvimos aumentar el tamaño a unos veinte centímetros, pero manteniendo el formato cuadrado y en papel común. Sin embargo, parecía un catálogo o una invitación para un evento. A todas luces este formato no tenía personalidad y de frentón saltamos a treinta y dos centímetros. Después de todas estas movilizaciones el libro no sería sólo para los amigos sino que estaría para la venta. Con ojo crítico descubrimos que éste era el tamaño de una cubierta de disco y con audacia saltamos al enorme formato de cuarenta y dos centímetros. “Es un libro que no va a pasar desapercibido”, “tiene la ventaja que nadie te lo va a pedir prestado”, eran algunas de las garantías de la nueva medida.

Tendría una acuarela por cada poema, letras capitulares antiguas que acompañaran al espíritu romántico de los versos y sobre todo que fuera un libro blanco con mucho aire, en donde la tipografía y los márgenes flotaran en un espacio infinito. Con más de cuatro millones de ejemplares de este libro, en ediciones en casi todos los idiomas conocidos, la gracia de esta nueva edición sería el ser un objeto hermoso.

Teníamos el libro en la cabeza, pero faltaba un editor, era un libro caro, con el riesgo de encontrar a un público no acostumbrado a libros de esta naturaleza. La primera persona a la cual le propuse el proyecto fue a mi amigo Roberto Edwards, presidente de la Editorial Lord Cochrane. Aceptó de inmediato, aportó nuevas ideas y nos dijo que no escatimáramos los gastos con tal de hacer un libro bello. Pablo decía: “Editores así no se encuentran a menudo”. A Roberto los amigos lo apodaban Robin, pero Neruda le decía “Bobby”. Como teníamos carta blanca en la producción, Pablo bautizó esta empresa “Operación Colmillo de Oro”. La Editorial Losada tenía los derechos de los *20 poemas* en idioma español, de modo que viajé a Buenos Aires para convencer a don Manuel Losada, quien aceptó con la condición de que sólo se distribuyera en Chile.

Nunca releí el libro, preferí recordar los sentimientos que tuve cuando lo leí siendo adolescente, de modo que cuando Pablo me pidió que redactara algo para el catálogo que acompañó el lanzamiento del volumen, escribí:

De mi primer, triste, inmenso amor de los quince años, recuerdo unas sandalias blancas y unos dedos morenos y finos que iban y volvían circulares. En el aire flotaban cómplices unos poemas que nos contemplaban y nos unían.

Esos versos, eternos de vida, han sido siempre parte de mi ser, como mis manos, mi cordillera, mis angustias.

Siempre habrá una joven húmeda de amor, contemplando tierna las estrellas y un joven, lejos, que contando sus penas al asfalto, siempre repetirá: Ella no está conmigo.

Cuando Pablo lo leyó me dijo con su humor socarrón: “No sabía que eras fetichista”.

En mi vida de joven aventurero quería ir de Buenos Aires a Uruguay, pero al ser menor de edad, sin pasaporte y sin permiso de los padres, tuve que remontar el río de la Plata y cruzar a Brasil por el puente internacional de Concordia, para entrar a Uruguay por el interior. Fue un viaje lleno de aventuras, trabajando en lo que viniera de pueblo en pueblo. En Concordia trabajé en un hotel de mala muerte, sirviendo en las mesas o atendiendo en el bar. Un día llegó un curioso personaje. Enfundado en un traje negro brillante como charol de tantos planchados, encorbatado en una camisa que alguna vez fue blanca, se ganaba la vida recitando poemas de pueblo en pueblo en los recibos de los hoteles. Era muy avaro y en el bar sólo pedía agua de la llave, lo que hacía con un tono alto y autoritario, como si pidiera una botella de Dom Perignon. Era la voz impostada con la cual recitaba y su repertorio era el soliloquio de Hamlet (“Ser o no ser”), Bécquer (“Volverán las oscuras golondrinas”), Garrick, el hombre al cual el doctor por su tristeza le aconseja ir a escuchar al cómico Garrick y el paciente le dice: “Yo soy Garrick, cambiadme la receta”.

La pieza de resistencia del recital era el “Poema XX” de Neruda. Comenzaba ampuloso, grandilocuente, endulzando el tono luego, apresurándose en la mitad del poema para, al acercarse a las últimas líneas, agarrarse y despeinar con desesperación el pelo, hasta allí un casco perfecto de tanta gomina, y terminar: “Aunque éstos sean los últimos versos que yo le escribo”. Con este “grande finale”, el público estaba lloroso y listo para echar la mano al bolsillo. Si veía a la audiencia indecisa para el óbolo, volvía a repetir este último verso “... que yo le escribo”. Este toque era infalible.

Hice alrededor de cuarenta acuarelas para luego seleccionar las veinte y tres, con una técnica que se da bien conmigo. Los pigmentos se dejan llevar por el agua, a veces donde uno no quiere, pero ese accidente es aprovechable y aporta efectos inesperados y espontáneos. En mi pintura al óleo, estaba realizando la serie de las “Torres de Babel”, que eran bloques de piedras, en donde en las juntas atisbaban rostros o fragmentos de cuerpos. Sobre estas imágenes Neruda escribió:

Toral transforma su transformación, forma su forma, dilata su latitud  
 El gran virtuoso del grabado se desgraba: no quiere someterse sino a nuevos rigores:  
 vuela de subterráneo en subterráneo hasta llegar a las Torres de Babel.  
 En estas Torres las mujeres encarceladas nos miran con grandes ojos.  
 Son grandes ojos que vienen del mar.  
 Estas construcciones ascendieron como castillos de madrépora y a través de las remotas  
 ventanas gritan el viento y el tiempo.  
 Toral explora el desconocido universo que nos acecha desde las altas torres.  
 Los ojos del mar, de las mujeres del mar que allí se quedaron después de la más alta  
 marea.  
 Toral las dejó inmóviles en la altura mirándonos hasta hacernos sufrir.  
 Toral es el maestro de las torres porque salió de los subterráneos, y ahora nos mira  
 cara a cara.  
 Ha conquistado la luz con sus propias herramientas, escalando el atormentado camino.  
 Las prisioneras de Toral reverberan invencibles e inasibles en los castillos de Babel.  
 Hasta que Toral se multiplique en un nuevo vuelo y las abandone.  
 Entonces ellas cerrarán los ojos y lo esperarán cantando.

Tuve que aclarar mi paleta y darle a las imágenes un aura menos inmediata y dramática. Quería que fuera algo nublado, lechoso, teñido con una cierta melancolía, donde la mujer fuera la protagonista, inalcanzable y luminosa. El cuadrado era un formato adecuado, con algo de enclaustramiento por su relación con el círculo en el cual la intimidad y la angustia encuentran una buena morada.

La ejecución del libro se efectuó sin altibajos. Tenía que cruzar todo Santiago, desde Los Dominicos, donde vivía y vivo, a Maipú donde estaba la imprenta, a veces de madrugada para vigilar la calidad de la impresión. Pero era agradable tomar un café negro con los maquinistas y volver al amanecer. La mayor dificultad era mantener el blanco absoluto del fondo del papel en las ilustraciones, ya que al fotografiar los originales, la máquina captaba el color amarillo del aire. Unos señores llamados grabadores tenían que borrar en cada una de las seis películas esta tinta, con una increíble habilidad para no perturbar los esfumados. El más hábil era don Porfirio, lo recuerdo, a pesar de un grave defecto en la mano con la cual trabajaba. Era un libro querido por los técnicos y artesanos, y de esos viejos tengo un cálido recuerdo.

A cada cuartilla impresa con la tipografía y la lámina había una celebración de distinta índole, con brindis y bromas. Anteriormente, cuando yo pinté "El Pájaro Ella" del libro de *Arte de pájaros*, Pablo, galantemente le dijo a Matilde: "Esta eres tú". Yo había hecho este pájaro con cuerpo de mujer y una textura con líneas. A Matilde no le gustó y le respondió: "Yo no soy peluda".

Pablo acostumbraba a decir frente a la libertad de los pintores para ilustrar sus poemas: "Los pintores no me leen". Y en una ocasión puntual su



P. Neruda, M. Urrutia y M. Toral.

queja encontró justificación pues en el poema “El peuco blanco”, que en toda su extensión escribe sobre el peuco blanco, el pintor, cuyo nombre no menciono, hizo un peuco café oscuro, casi negro. Las dedicatorias y dibujos que hacía en sus libros tenían gracia y eran personalizadas. En mi ejemplar empastado de *Machu Picchu*, generosamente escribió: “A Mario Toral que agregó la poesía que faltaba”.

En los dibujos se concentraba y se aplicaba, con los lápices de colores. Tenían una gracia similar a los de García Lorca, sólo que éste lo hizo con más frecuencia, dedicándoles más tiempo.

La diagramación del libro la hizo el decano de esta especialización en Chile, don Mauricio Amster, español hasta la médula, severo, defensor acérrimo y respetador de las leyes de la tipografía. El tipo que yo había escogido para los números y letras capitulares, Vulcan, lo encontré en un libro antiguo, pero no estaban todos los números. Le propuse crearlos mezclando fragmentos de ellos para completar los que faltaban. Mauricio quedó demudado: “Eso no se hace”. Estábamos amistosamente en su casa tomando té, pero ante mi insistencia en la materia le subió la sangre a la cabeza. Comenzamos una agria discusión, que terminó con Mauricio diciendo: “Eso es un crimen tipográfico, si insiste en esas herejías le ruego que abandone esta casa”.

Yo estaba decidido a construir los números de ese modo y me apresté a tomar mis bártulos y abandonar la casa con la frente en alto. Felizmente su señora suavizó la situación y volvió la cordura con Mauricio cediendo a hacerlo, “pero no ponga mi nombre en el colofón. No puedo ser cómplice de ese desacato”. Posteriormente cambió de idea y quedó muy orgulloso del resultado.

Algunas palabras sería necesario decir sobre lo que se entiende por ilustración, o mejor dicho, lo que el autor de estas líneas entiende por ello.

De un modo muy amplio podríamos decir que la unión de palabras e imágenes, o la idea volcada en un texto o pensamiento y la consiguiente materialización en algo visual es inherente a la obra de arte. El pintor, en cierto modo ilustra su pensamiento y una obra que no tiene asidero en su comienzo intelectual tiene poca validez. Ese texto histórico, literario, poético o naturalista no siempre está físicamente presente, pero fue una inspiración. El techo de la Capilla Sixtina es una detallada ilustración de los cinco primeros libros de la Biblia, así como Goya tanto en “Los desastres de la guerra” como en “Los caprichos” insiste en el mensaje de los grabados, como dando énfasis a su intención, rotulándolos con precisos títulos, en cooperación con el escritor Leandro de Moratin. Generalmente las palabras son de un poeta o escritor y las imágenes de un artista visual, como Gustave Doré ilustrando *La Divina Comedia* o *Don Quijote* entre otros, o Chagall la *Biblia*, o Picasso *La metamorfosis* de Ovidio, o Matisse a Mallarmé, o Miró a Paul Eluard, etc.

Hay pintores que han escrito, como Van Gogh, Dalí, Picasso, Delacroix, Matta, pero como, llamémoslo así, una segunda actividad, así como hay escritores que han pintado como André Breton, Víctor Hugo, pero siempre como una actividad complementaria. Un caso único en la historia del arte y de la literatura es William Blake, excelso en su poesía, prosa y en los grabados y acuarelas ilustrándolos. La intensidad de su creencia religiosa y mística que encuentra vehículo en ambos ríos alimenta su poder creativo fundiendo todo en una sola intencionalidad. Hablando de intensidad no puedo dejar de mencionar “El Cristo en la cruz” del poeta y místico San Juan de la Cruz. Su herencia visual se limita sólo a este pequeño dibujo, el cuerpo del Mesías visto desde las alturas, los ojos de San Juan encarnados en la visión del Padre Creador. En esta única imagen se inspiró Dalí para el “Cristo de Port Lligat”.

Creo que la relación entre el texto y la parte pictórica pierde fuerza cuando ésta es descriptiva de aquél. Dos personas diciendo lo mismo es redundancia y mata el resultado. Sería castrar la imaginación del artista si quedara atado a detallar lo que el poeta quiere decir. Se trata más bien de una odisea paralela, un diálogo equilibrado sobre el mismo tema, una armonía entre personas distintas, que han escogido un medio diferente para expresarse, pero que espiritual y estéticamente tienen cosas comunes que les permiten unirse en esta nueva expresión que es el libro.

La obra está terminada y se ha programado su lanzamiento en la Casona del Instituto Cultural de Las Condes. Ha llegado una multitud que supera la capacidad del lugar, incluyendo los jardines. Además de mostrar el libro y las acuarelas, se rematarían ediciones especiales. Entre ellas, lo que en el lenguaje de los bibliófilos se denominan Edición Príncipe, que contendría el manuscrito completo del libro, cuatro acuarelas y todo el material que permitió imprimir el libro. Las primeras pruebas del texto en papel de diario llamadas pruebas de galera, las pruebas de color de las láminas, los celuloides de la separación de colores, los clichés en aluminio de las letras capitulares, la “maquette” de Mauricio Amster, etc., todo en cajas de cuero marroquí. Además se remataron otros libros especiales con manuscritos y las acuarelas restantes. La Edición Príncipe fue adquirida por Mariano Puga, ex ministro de Estado, en una suma exorbitante para la época e incluso a niveles internacionales.

En ese tiempo yo estaba construyendo mi casa en la parcela de Los Dominicos que había adquirido con la venta de un cuadro de la serie “Torres de Babel”, pero la construcción se paraba frecuentemente por falta de fondos. Un constructor que tuvo que detener la obra por mi mala situación económica me dijo: “Sr. Toral, si sigue así, su casa va a demorar más que las pirámides de Egipto”.

Durante el remate, a cada golpe de martillo de don Ramón Eyzaguirre, mis amigos gritaban: “La escalera de Toral, ahí van los sanitarios”, otro gol-

pe, la mitad del techo, a otro golpe, la instalación eléctrica y así sucesivamente. Pude así terminar mi casa, de la cual puedo decir que es hija del arte y de la poesía.

Fue una noche memorable, con gente de todas las generaciones; los jóvenes tendidos en el pasto escuchando a Neruda recitar esos poemas, tan cerca de ellos, que hablan de las alturas y de los abismos de los amores juveniles inalcanzables. Pablo los escribió antes de los veinte años, y en una ocasión me dijo: "Que audacia la mía, escribir sobre experiencias que no había vivido. Sobre todo de las pasiones maduras, como en la 'Canción desesperada'".

La edición común de cinco mil ejemplares se agotó rápidamente, siendo un gran éxito para un libro de esa naturaleza. Incluso obtuvo el Primer Premio del Libro de Arte de la Unión de Editores de Nueva York. Posteriormente, sólo comenzó a encontrarse en anticuarios o librerías de bibliófilos.

Pablo obtuvo el Premio Nobel de Literatura, viajó a Francia de embajador y volvió a Chile donde el pueblo recibía a su segundo Premio Nobel con un gran homenaje en el Estadio Nacional. Ya se notaba enfermo, había perdido mucho peso, su rostro se acercaba a su esqueleto y su sonrisa no era la de antes. El estadio no estaba lleno, muchos vacíos en las graderías y uno pensaba que la multitud que lo llena con un concierto de rock, o con un partido de fútbol no vino a dar su tributo al poeta que más ha comprendido e interpretado el alma de Chile y de América.

Su salud continuó empeorando. El cáncer fue detectado demasiado tarde y la figura, otrora imponente, se veía disminuida. Además, la situación política lo entristecía y aumentaba con rapidez su deterioro.

Pablo no volvió más a Francia y a comienzos de diciembre, como de costumbre, recibimos la invitación hecha con dibujos de lápices de colores, para pasar la noche del 31 de diciembre y esperar el Año Nuevo 1973.

Ese fin de año Pablo se sintió muy mal y se retiró temprano a su dormitorio, antes siquiera de haber brindado con el contundente coquetelón; los invitados se fueron a sus casas u hoteles sin ganas de celebrar, tristes por el pobre Pablo y nosotros, mi esposa y yo, nos fuimos a nuestro dormitorio, ya que estábamos hospedados en su casa, y a la mañana siguiente, muy temprano, siento que golpean la puerta. Es Laurita, la hermana de Pablo, que me entrega un sobre con la típica escritura con tinta verde de la correspondencia de Neruda. El texto del sobre decía: "el Foeta Fablo Feruda al Fintor Fario Foral" y dentro del sobre venía este soneto:

Estaban los Torales desatados  
en la noche de Enero, la primera,  
primorosos, paquetes, perfumados  
como dos chocolates o dos peras.

El dejó su pullover olvidado  
y ella ondulante como una bandera  
él un joven invierno diplomado  
y ella una rosa de la primavera

Son así estos Torales vagabundos:  
andan como en su casa por el mundo  
vistiendo o desvistiendo su elegancia.

Con Toral no hay rival en esta sala.  
Enamorado yo de la Torala  
mejor me vuelvo en bicicleta a Francia.

FABLO FERUDA  
(Foeta Fofular Furioso)

Me emocionó tremendamente que estando enfermo, con dolores, imaginando su fin cercano, doblemente penoso para un hombre de su vitalidad y alegría de vivir, mantuviera vivo su sentido del humor, su gracia y la delicadeza y generosidad de brindar a un amigo un regalo tan sensible.

Un mes después viajé a EE.UU. y me enteré de su muerte por la prensa.

El resto de la historia es por todos conocida. Me hubiera gustado que Pablo hubiera visto mi mural sobre la historia de Chile, pues en él hay mucho de lo que me enseñó. En nuestras vidas, muchos de los que ya no están, siguen estando.

Pero no quiero terminar estas líneas con un sentimiento de tristeza. Me gustaría darle fin repitiendo los cuatro últimos versos del "Poema XIV":

Te traeré de las montañas flores alegres, copihues  
avellanas oscuras y cestas silvestres de besos  
Quiero hacer contigo  
lo que la primavera hace con los cerezos.

